



EL CUARTEL DE MEDINA DE RIOSECO.

MI VIAJE A LA REPUBLICA DEL ECUADOR.

SEGUNDA PARTE.

1.

TEMBLOR DE TIERRA.—REGRESO Á PANAMÁ.

Setiembre, 1842.

He tenido ya ocasion de encarecer la suma belleza de las regiones ecuatoriales; pero existe un azote temible, que tiene durante ciertas temporadas en continua zozobra á sus habitantes... No, no aludo al cómito negro ni á las tremendas tempestades, ni á los asoladores huracanes, ni á las inundaciones en cierta época del año de tanto gigante rio... á ninguno de estos accidentes me refiero, sino á los frecuentes temblores... y no pocos terremotos...

Cuando el conocido sábio geógrafo Mr. Humboldt visitó la cordillera de los Andes, observó que estaban socavados estos montes, y vaticinó para lo venidero que se aumentaría el número de sus volcanes (que ascienden hoy día á noventa y siete de aire y fuego), y que se operarian terribles cataclismos en sus titánicas cumbres.

Sus entrañas encierran portentosas riquezas en minerales, y muchas materias bituminosas é inflamables, las cuales, chocando entre sí, se incendian, y estas llamas subterráneamente comprimidas, buscan desahogaderos por mil partes á la vez á aquel formidable tártaro.

El rayo impone, las tempestades en el mar amedrentan, las fieras, acometiendo al hombre en las selvas, asustan, es muy cierto; pero estas son cosas naturales si se quiere, y el hombre con su denuedo y su industria logra, luchando contra estos peligros, vencerlos y sobreponerse á ellos.

Mas ay!... guardáte de los terremotos!... traspasan el círculo de lo natural; son fenómenos que no se esplican, pero cuya consideracion pasma y anonada; es la manifestacion de la ira de Dios golpean-

do airado con su divina planta sobre este mundo sublunar que sirve de escabel á su celeste solio!...

¿Quién ha explicado con puntual exactitud las verdaderas causas de los terremotos? ¡La ciencia! ¡Nombre vano: ciencia de conjeturas aun mas que la de las estrellas!... Para contrarrestar los estragos de los terremotos son igualmente impotentes la impavidez, la destreza, la industria, el valor ó la fuga; el desquiciamiento que producen es tan ajeno á todo lo-natural, y tan aterrador á la vez, que hace sucumbir los espiritos y flaquear los ánimos mas denodados.

Un tímido pajarillo, aprisionado en liviana jaula, suspendida con largo y frágil hilo en el centro de una elevada y anchurosa bóveda, y que á deshora se llegase una mano desapiadada columpiándola bárbaramente en todas direcciones hasta hacerla trizas contra las paredes, concluyendo por romperse el hilo y pulverizarse la jaula en su caída... si no moria el pobre pajarillo, ¿cuál no seria de afectiva su posicion?... Pues parecida es la del hombre en un terremoto, y aun mayor, su tribulacion.

Yo tuve que experimentar las sensaciones que tan desafiadamente bosquejo, por vez primera en Guayaquil... estaba en visperas de abandonar sus playas; dormia, serian como las dos de la madrugada, cuando desperté azorado al clamoreo de las campanas y á los gritos de todo un pueblo, que hacia resonar en las casas, en la tierra, en el mar, y por los aires, el fatidico grito de temblor!... Las vigas de mi aposento crugian; los muebles y las paredes parecian estar borrachos; un vértigo se apoderó de mi espíritu (todo esto pasa en infinitamente menos tiempo de lo que se tarda en decirlo, cuanto mas escribirlo); yo traté de enseñorearme, y lo mas pronto que pude me envolvi en mi bata, abrí precurosamente la ventana, y me abalancé á una galeria que teniamos.

Napoleon, si no me engaño, dijo que el hombre mas valiente es aquel que mejor sabe disimular el miedo,—me precio pues de haberlo disimulado (no mas) en aquella ocasion, porque pretender que no lo hubiese experimentado fuera mentir, y no hay para qué. Un hombre podrá no temer á otro hombre, pero no podrá prescindir de temblar ante el poder de Dios.—«El principio de la sabiduria es el temor de Dios»—luego recomiendo á todas loces el mortal que lo posea.

Tenia miedo, en fin; pero no pude menos que de reirme en medio de aquella tribulacion, al distinguir en la calle dos hombres de pié en me-

dio de una porción de mujeres indias en traje de conca... pidiendo misericordia y golpeándose los pechos: á todo esto el temblor, que solo durara pocos segundos, ya había pasado hacia rato; pero no á ellas el susto, ni tampoco á aquellos dos hombres, que hacían la figura más grotesca y el más raro contraste del mundo.

El uno era Mr. B..., un caballero francés, mi compañero de posada; el otro era el fondista: este pequeño y espantosamente grueso, el otro muy alto y muy delgado; ambos en traje de dormir; el fondista, que usaba peluca, no había tenido tiempo de ponérsela, y Mr. B... llevaba un pañuelo á guisa de turbante, que se ponía para sujetar los rizos de su melena, que envolvía por las noches con papeles; Mr. B... me preguntó qué hacía en mi balcón y por qué no bajaba.

—Amigo mío (le contesté) ya no hay temblor, y no veo la razón de no volverme á la cama.

—Alabo la precaución á la cama!... á la playa!

—Sí, sí, á la playa!... repitió el fondista, y ambos se preparaban á echar á andar con ese atavío.

Yo les detuve, observándoles que pensarían que se habían estropeado de alguna cosa de locos, y que entrasen á vestirse: el fondista se convenció, pero Mr. B... declaró que él no traspasaría el umbral de la puerta para dentro, porque resentía la casa (que no era de las más nuevas) por aquel temblor, podría venir abajo si repetía (como repitió seis veces en aquella madrugada); y que así él prefería estar desnudo y vivo, que no muerto y vestido.—Me instó, y me hizo caer en la tentación de acompañarlo; vestime por completo, y le bajé su ropa á la calle; nos fuimos al malecón á orillas de la río, y cuál fué mi sorpresa al ver un paseo ruidosísimo de damas y caballeros (más que de irapillo ciertamente; brillaba la luna; ni una ráfaga de aire se sentía, de modo que la atmósfera era sofocante.—No fué un terremoto consumado; pero seis temblores más se experimentaron, que se anunciaban de antemano por un ruido sordo como de pesados carruajes que se oyen en lontananza, y otras señales presurosas. Hasta de día muy claro no fueron retirándose los paseantes con sus desordenadas vestimentas; nosotros regresamos á nuestra posada.

El día último de setiembre se botó al agua la nueva goletilla bautizada con el nombre de *Adela*, y á principios de octubre me embarqué en él de regreso á Panamá...

Desde la cubierta de aquel velero barco tributé mi postrimer adiós, húmedos los párpados, á aquel suelo donde dejaba á mi madre y demás familia; abandonaba la gentil América para tornar á ver la caduca y civilizada Europa.... Adiós, Gusaquíl, adiós!... con tus poéticos habitantes, tus hamacas y tus cabalgatas nocturnas de apuestos jóvenes, que con sombreros de jipijapa y finísimos ponchos de lana blanca, llevando algunos en el pecho la cruz roja de alguna orden caballeresca ó militar, vistos á distancia y á la luna, semejabán escuadrones de templarios.

Adiós, acuatorianos!... mi estancia entre vosotros ha sido corta; pero las gratas reminiscencias que de vuestro suelo hospitalario conservará mi corazón, serán duraderas! Amparad á los míos, que permanecen entre vosotros, á quienes tan bien habeis acogido; es la última recomendación que os hace mi filial amor!

II.

PANAMÁ.—TEMPESTAD.—COSTUMBRE.—CHAGRES.

Octubre, 1842.

A los ocho días de navegación anclamos en la bahía de Panamá, donde entramos á mediodía sin velamen, rotos los cables, desmantelado el llamante buque, que á palo seco había andado doce nudos por hora de la corredera (cuatro leguas), impulsado por un viento desencadenado y un temporal deshecho; rudo estruendo fué aquel para la linda goletilla, la cual supo, á pesar de todo, como ligero alcañ, salvarse del furor de las embravecidas olas.

En fin, está fundeada *Adela*. Nosotros los pasajeros saltamos en tierra luego que se aplacó el temporal, y nos hospedamos.

Al anochecer descargó otro aullado, y más tarde una tempestad tan horrosa estalló, que semejaba la destrucción de Nínive. Los rayos caían, cometiéndole estragos, y los truenos hacían temblar á la ciudad hasta en sus cimientos. Yo me había acostado ya, porque estaba cansado y me había de preparar para emprender á las cuatro de la mañana la molesta jornada del Istmo de Darien hasta Cruces; pero me hube de levantar, porque además de la tempestad ni de repente unos ruidos tan estrépitosos, producidos por unas mujeres en la casa de enfrente, que me alarmaron seriamente; me informé de aquella alegrabla por un criado negro, quien me dijo con mucha fiereza:

—No es nada, mi amo; es que se ha muerto un rico en esa casa, y lloran unas negras alquiladas. En efecto, siguiendo la usanza del

país, habían alquilado para *plañideras* (que es el nombre que dan á esas lloronas), á diez ó doce indias y negras para mesarse los cortos y crespos cabellos, y aullar con sonido lastimero sobre el cadáver, alborotando todo el barrio, porque no era fácil que llorasen, en vista de que nada sentían hacia aquel muerto, á quien en vida ni habían aborrecido ni amado.

De vez en cuando las plañideras se veían obligadas á reponer sus fuerzas con un traguito de caña, tomaban alicentos, y continuaban su batibola cual furias del ayerno.

Finalmente, á media noche el cielo aplacó sus iras, brillaron las estrellas, y se tranquilizó el barrio (porque también duermen las plañideras). Gracias á esto, yo pude también descansar en mi lecho de peregrino hasta las cinco, que me levanté y monté sobre la arrogante mula que debía de llevarme en aquel día á Cruces; tendí mi vista á la casa mortuoria; sus ventanas permanecían todas cerradas con las celosías también, las cuales, siguiendo otra costumbre del país, no habían de volverse á abrir por lo menos en cuatro meses; y no había de presentarse á ellas, ni menos en la calle, la familia entera.

La jornada del Istmo la describí en la primera parte: por no repetir lo mismo diré que llegamos tarde y cansados á Cruces, puerto de embarque para el río Chagres. Cené lo que llevaba á prevención, y ocupé una hamaca de estera fina, colgada de una viga en una cabaña; allí dormí un sueño reparador sin desnudarme, hallándome perfectamente dispuesto á la mañana siguiente, que entré en una canoa, donde, como íbamos á favor de la velocísima corriente, en un solo día llegamos á Chagres; fuimos volando materialmente.

Por único buque fondeado en Chagres se veía un bergantín mercante norte-americano, que había ido á cargar pieles; no había podido zarpar á causa de haberse muerto seis hombres de los diez que componían la tripulación; solo el capitán y el contra-maestre habían permanecido sanos; los restantes estaban enfermos y no podían darse á la vela hasta convalecer algún tanto y cobrar suficientes fuerzas para poder maniobrar á bordo.

Mi detención pues en aquel punto fué de cuatro días, que pasé en compañía de aquel alemán que ya conocí mis lectores; era hombre que lo entendía, y de gran prestigio entre aquellos naturales, semi-salvajes si se quiere, por una parte, pero al mismo tiempo de indole buena y de costumbres dulces y religiosas.

Una tarde, la terrera de mi arriba, bebíamos una botella de cerveza el bueno del alemán y yo, cuando entró un negro de pocos años, todo azorado y pálido (como un negro puede ponerse), y enseñando la mano izquierda, que tenía algo hinchada, se acercó á nosotros llorando.

—¿Qué te pasa? le preguntamos.

—Que me acaba de morder una culebra.

Otras personas estaban presentes y opinaron que la picadura era mortal.

—Nada de eso, dijo el alemán sacando de un baul una cajita; pero no debemos perder un momento. Abrió la caja, y tomando de ella una cinta le hizo al negro dos ligaduras fuertes, la una cerca de la primera articulación del dedo herido, la otra en el puño; después pidió un vaso de vino, y sacando de la misma cajita veinticuatro granos de sal volátil de viboras, los mezcló con el vino y se lo hizo tomar al negro, con el objeto de provocar fuertemente la inspiración; pero al cabo de quince minutos, no habiendo conseguido su intento por completo, le administró un caldo bien caliente compuesto con yemas de huevo y nuez moscada, con el que sudó copiosamente y quedó del todo bueno.

Aquellas buenas gentes no se sorprendieron, porque hacía tiempo que tenían al alemán por un Merlín; pero yo le manifesté que me merecía la opinión de un Esculapín.

—No señor, me dijo, he leído un poco, y después, que tengo mucha experiencia de estos países. Una vez cazando pisé inadvertidamente una culebra, y me picó en un pie; á los pocos momentos se me hinchó; qué hacer en tal conflicto? No tenía mas que mi frasco de pólvora, y piedra y eslabon; apliquéme en la herida una peca de pólvora, le prendí fuego, y me cautericé la herida, cortando la acción del veneno en la masa de la sangre.

—Es bueno saberlo.

—Considero V., continuó el alemán, que en este país de tigres, calmanes, jejenes, víboras, culebras, viboras y ascorraez, está uno en continua espesición; y es preciso estar preparados. Para las mordeduras y picaduras ponzoñosas hay los dos remedios que le indiqué á V.; el otro para mordeduras de fieras y de culebras es muy conocido ya, y el del hierro caliente aplicado á la herida. También es muy bueno cluparla en el acto y escurrir el veneno; pero esto pocos pueden hacerlo, porque causa mucho asco.

Pero volviendo al hierro caliente, el primero que puso en práctica esta prueba fué el famoso Boyle (á pesar de lo humano que dicen que era). Estando una vez discutiendo con un médico sobre los venenos, le dijo que creía bueno contra el de la vibora el remedio que he indi-

esta; el médico se burló de su proporción, y Boyle se remitió á la espartería; pero no en ningún animal, como parecía natural, sino en un hombre: convino en precio señalado con un mendigo que quiso ganar algún dinero con exposición de su vida, el cual se dejó morder de una víbora á presencia del médico. Hinchósele luego mucha la mano; y estaba de prevención puesto al fuego un cubillo: tomóle Boyle, y aplicó á la herida por espacio de diez minutos; la hinchazón, que iba creciendo, paró de repente; pero sin disminuirse por entonces.

Desde que aquel mendigo, que se acreditó de bárbaro, vió que su mano no se le hinchaba mas, pidió que le diesen su dinero y volvió muy contento las espaldas. Añádesse de testimonio del mismo Boyle, que aquel mendigo ganó después mucho dinero, dejándose morder de víboras, siempre que algun conde le quería pagar bien, teniendo seguro su remedio en el hierro caliente.

—¿Dígame V., amigo, preguntó al alemán, ¿esas mordeduras y picaduras son siempre necesariamente mortales?

—No señor; lo son las menos veces: consiste en que muerdan con mas ó menos rabia. Toda la venenosidad de esas sahandijas está en el acto de morder, y en que aquella violenta agitación de los espíritus, que en estos animales produce su rabiosa saña, cuando muerde es cuando hace todo el estrago. Se ha visto que animales que no son venenosos emponzoñan tal vez con la mordedura como están agitados de una extraordinaria ira. En las memorias de Trevoux me acuerdo de haber leído dos casos de estos: uno, de un gallo que estando en choque abierto con otro, picando á un hombre le causó una hidrofobia mortal; y otro, de un jóven que en un acceso de cólera, mordióse el dedo segundo de la mano, se envenenó del mismo modo que si le hubiera mordido un perro rabioso.

Al siguiente día de esta conversacion me despedí del alemán, á quien ya me habia aficionado, y nos dimos á la vela para Kingston.

PEDRO DE PRADO Y TOBRES.

EL MINERO DE SILJAN.

L.

A mediados del estío de 1823 una jóven de catorce á quince años salía una mañana del parque de un castillo situado á orillas del lago de Siljan en la Dalecarlia. La naturaleza estaba entonces en todo su esplendor; las nieves y los hielos del largo invierno que todos los años desola este país, habian desaparecido completamente; una porcion de árboles reverdecian en medio del lago; las praderas, sembradas de flores de todos matices, formaban á lo largo de la ribera frescos y risueños tapices rodeados por las sombrías florestas de abetos y las rocas de granito que encadenan el valle; por todas partes la vegetación rica y poderosa parecia que se aprestaba á aprovecharse de los cortos instantes concedidos á su desarrollo en un clima poco favorecido. Admirada de la belleza de este espectáculo, y atraída por el encanto de magníficos puntos de vista que variaban á cada paso que daba, la jóven se alejó insensiblemente del castillo, subió una colina, y llegó á orillas de un bosque, lejos de todo sitio habitado. Las flores, extendidas con profusion por algunos senderos apenas trazados, atestiguaban que los habitantes del valle se dirigian pocas veces por aquel lado de Siljan. El cansancio sacó á la bella paseante de su avrobamiento, y entonces se apercibió de la soledad en que se encontraba y del silencio que reinaba en su alrededor; sintió un movimiento de terror á la vista de las profundas sinuosidades de la floresta, cuyos árboles, cercanos los unos á los otros, se elevaban, confundiendo su follaje impenetrable á los rayos del sol. Ya se preparaba á volver atrás para dirigirse á la orilla del lago, cuando oyó un gemido. Su corazón se puso á latir con tal violencia, que se vió precisada á pararse: se dejó caer sobre una piedra que se sentaba en un pedazo de roca, y sus ojos permanecieron fijos en la parte del bosque de donde la parecia que habia salido el gemido. De repente ve, á doscientos pasos entre los árboles, una forma humana que agitaba los brazos como para hacer señas, y oyó distintamente, aunque pronunciadas con voz débil, estas palabras:

—¡Cualquiera que seas, en nombre del cielo, socórreme!

La impresion que al pronto produjo esta voz en la pobre jóven fué tal, que estaba en estado de pedir socorro para ella misma, mejor que de prestárselo al desgraciado que se lo imploraba. Jamóvil sobre la piedra que la servia de asiento, y de la que la parecia imposible levantarse, no dejaba de mirar al hombre de las señas, esperando por instantes verle lanzarse hacia ella. Pero reparando en seguida que se quedaba en el mismo sitio y continuaba agitando los brazos en señal de angustia, reflexionó que no podia ser un malhechor. Una nueva súplica hecha con acento lastimero, acabó de disipar su terror. En fin,

movida á compasion, triunfó de todas sus dudas, y fué derecha al desconocido.

Este estaba sentado á la entrada de una gruta que formaba dos partes apoyada una con otra; en su estremidad superior tenia un pie envuelto en unos pedazos de fienda y de paño que se habia arrancado de sus vestidos: su figura, pálida por el sufrimiento, era mas interesante que terrible; entoncez la jóven, olvidado bien pronto su loco temor, se apresuró á acercarse á él y preguntarle.

—Soy un trabajador de minas, respondió; ayer, queriendo hacer un hoyo á algunos centos de pasos de aquí, me caí y me he lastimado un pié. Tuve bastante fuerza para salir el primer dolor, y medio arrastrando llegar á esta gruta, en que mis sufrimientos, que llegaron á hacerse insuportables, me obligaron á detenerme. Esperaba que una noche de descanso bastaria para restablecerme; pero esta mañana, cuando he querido áchar á andar, mi pié, que estaba muy inflamado, me dolia tanto, que me caí en el suelo sin poder hacer ningún movimiento para levantarme. ¡Juega de mi posicion! al verme detenido quizá por mucho tiempo en un paraje que sé que se pasan dias, meses, y aun años sin que la tierra sea hallada de persona humana, y sin haber tomado alimento y sin medios de procurarlo... Mi única esperanza se cifraba en que la casualidad trajese aqui algun viajero perdido... la casualidad... ¡cómo si los desgraciados no tuviesen un cielo, un padre que vela por ellos! Y este buen padre se ha dignado enviarme uno de sus ángeles que reanimes mi valor abatido.

La jóven, completamente tranquila, contemplaba con vivo interés la noble y angustiada fisonomía de aquel hombre que parecia tener treinta años, y cuyo lenguaje revelaba una condicion mas elevada que la de un simple minero.

—Vuestra posicion, le dijo, exige pronto socorro, y desgraciadamente estamos muy lejos de la casa de mi madre; pero os prometo no perder un momento; esperadme sin inquietud; volveré acompañada de algunos criados que os llevarán al castillo; mi madre es buena y compasiva y os prodigará cuanto necesitéis, y no dudo que muy pronto os encontraréis en estado de poder volver á trabajar.

—Me resignaré á morir si es necesario, señorita; pero no puedo aceptar la hospitalidad que tan generosamente me ofrecéis.

—¿Por qué? le preguntó la jóven admirada.

—Porque la desgracia es contagiosa; mejor la convendría á vuestra madre quizá ver arder su casa que darme abrigo bajo su techo.

—Pero ¿quién sois? esclama retirándose un poco la jóven, que sintió renacer su temor.

—Me juzgáis por el sentido de mis palabras, replicó el minero con una triste sonrisa; gracias al cielo, mi conciencia está tranquila, y lejos de tener que avergonzarme de mi infortunio, me cabe el derecho de gloriarme... Pero os lo suplico, no me pidais mas explicaciones; el secreto que me obligáis á revelaros no es mio solo; si se descubriese no sería mi vida la única comprometida; pero ¿qué digo? ¡se perderian cosas mas preciosas que la existencia! Si debo sentir los efectos de vuestra piedad, ha de ser en este mismo sitio, y tan discreta como buena, el primer consuelo que deis á mis males será prometerme no revelar á nadie el secreto de mi retiro... pero después de lo que acabo de decir, ¿querreis, os atreveréis á venir á socórrerme?

—Lo quiero y me atrevere, respondió con resolucion la jóven, fascinada por decirlo así por la mirada y encanto de la voz del minero; el mismo Dios ha escrito en vuestro semblante que vuestra alma es incapaz de abrigar malos designios, y que se puede confiar en la lealtad de vuestro corazón. Si vuestro oficio es minero, vuestras maneras y vuestro lenguaje revelan una condicion mas noble; pero yo respetaré el misterio de que os place rodearos, y os juro guardar á todos el secreto de nuestro encuentro, aun á mi misma madre, para quien nunca he tenido nada oculto. Y ahora, decidme, ¿qué he de hacer? ¿qué deseos de mí?

—Dos cosas, señorita: hoy algunos alimentos que me permitan esperar mi curacion, y mañana que roguéis á Dios que no me abandone.

—Haré mas que rogar; volveré aqui; me veréis todos los dias, hasta que estéis completamente restablecido.

Fiel á su palabra, la jóven venia todos los dias á visitar al minero; y cuantas mas veces le veia y oia, adquiria mayor conveniencia de que habia en él nobleza de sentimientos y de finaje, y entonces creia crecer sus simpatias hacia él, porque creia socorrer á una víctima y quizá á un vengador de la tiranía que pesaba sobre su desgraciado país. Porque la Suecia en aquel tiempo gemia bajo el yugo de Christian II y Carlota, este era el nombre de nuestra jóven heroína, llevaba aun el luto de su padre, el valiente Cronstedt, uno de los mártires cuya sangre habia inaugurado el advenimiento al trono de aquel principe execrable, denominado el cruel.

Una mañana que Carlota cumplia por la décima vez su caritativa peregrinacion, reparó que su protegido estaba inquieto y preocupado; aunque se apresuró á salir á recibirla como para darle las gracias por

su curación, escuchaba con distracción sus parabienes; sus ojos, constantemente levantados al cielo, parecían calcular y medir la marcha del sol; de repente se deluvo y exclamó:

—Ha llegado la hora: Dios nos ayude!

En el momento llevó á su boca un cuerno que tenía en la mano, y produjo un sonido tan prolongado y agudo, que debía resonar hasta en los puntos más retirados de los valles de Söjan: á esta señal respondió un segundo sonido, después un tercero, y se oyeron hasta siete, que venían de lejos y de distintas direcciones. El minero, todo oídos, con la mirada fija, parecía copiarlos con avidéz; al sétimo su mirada era radiante.

—Alabado sea Dios! esclama con alegría; nunca deja de ayudarnos; éste es un feliz presagio para tí, mi querida patria!

Y después, volviéndose á Carlota:

—Recibid mi despedida, señorita: llamado por un deber sagrado, es preciso que abandone estos lugares, que me aleje de vos, quizá para siempre. Quisiera antes de separarnos ofreceros una prueba de mi reconocimiento; no tengo más que este anillo, que era de mi madre; dignaos aceptarlo, para que os recuerde algunas veces al pobre minero. Permitidme también que os pida una gracia: el recuerdo de vuestro beneficio está profundamente grabado en mi corazón para que le pueda olvidar; pero el nombre de mi bienhechora me es aun desconocido, y sería muy dichoso en poderle pronunciar muchas veces en mis oraciones.



—Soy Carlota Cronstedt, respondió la jóven.

—Cronstedt! esclama el minero, cuyos ojos chispeaban. Cronstedt! ¿seréis parienta del valiente oficial tan cruelmente asesinado por Christian?

—Soy hija suya.

—Oh! entonces, señorita, pedid al cielo que me ayude; pedidlo con fervor; las manos de vuestro padre os lo agradecerán.

Carlota, en el colmo de la sorpresa, iba á suplicar al minero que se explicase; pero ya no estaba á su lado; al volverse le vió alejarse á toda prisa é internarse en las profundidades del bosque.

Al día siguiente Carlota empezó á comprenderlo todo; llegó al castillo de su madre, y supo que el estandarte de la revolución se había desplegado á la misma hora como por encanto en todos los puntos de la Dalecarlia.

Seis años se habían pasado: el feroz Christian había sido arrojado del trono: la Suecia, reunida por él á la Dinamarca, se había separado y elegido rey al héroe á quien debía su independencia, el hijo del duque de Grispsholm, Gustavo de Wasa. La ambición del libertador de la Suecia no era únicamente por reinar, sino por sacar á su patria de la abyección en que había estado sumergida, y restablecerla en el rango que debió ocupar entre las naciones de Europa. Para conseguir este objeto era necesario ante todas cosas hacer desaparecer los numerosos abusos que tenían al reino sin fuerza y sin unidad. Era una reforma peligrosa; pero Gustavo, incapaz de retroceder delante del peligro, marchaba con paso firme por el camino de las reformas. Los pueblos, por desgracia, no comprenden al principio la intención de los actos concebidos y ejecutados en obsequio suyo; el velo de la preocupación les tienga, y sucede algunas veces que viendo un enemigo en su libertador, responden á sus laudables esfuerzos con los peligros de un ahorrecimiento estúpido. Los dalecarlienses sobre todo, orgullosos de haber sido los primeros en levantarse contra Christian, tenían la pretension de imponer su voluntad al jefe que ellos mismos habían colocado en el trono: indignados de ver rechazadas sus exigencias en nombre del interés general del país, se sublevaron; pero sus tentativas se estrellaron contra la prudencia y firmeza de Gustavo. Ilustrados por la razón, ó sujetos por una represión pronta, la mayor parte se sometieron, y aun algunos cooperaron de buena fé á la realización de los proyectos del reformador, y solo le quedaron que temer un corto número de fanáticos, es verdad, pero tanto más peligrosos, cuanto que conspiraban de oculto. Reunidos en junta secreta, resolvieron recurrir al asesinato para deshacerse de un hombre á quien no podían combatir abiertamente. La suerte, á que se remitió el designar la mano que debía herir, sacó de la cruz el nombre de Carlson, valiente y hermoso jóven, metido en la conspiración mas bien por espíritu de familia que por convencimiento. Carlson se dirigió á Stokolmo: la comisión que iba á desempeñar le horrorizaba; pero obligado por un juramento, se creyó en el deber de cumplir su terrible misión. Una revista le dejó la ocasión de acercarse al rey, que estaba en medio de un coro de oficiales, algunos de los cuales llevaban uniformes mas ricos y brillantes que el suyo: Carlson no había visto jamás á Gustavo, y se engañó; y como le tembló la mano, el oficial á que se dirigió el puñal no recibió abruptamente mas que una ligera herida.

El crimen, por no haberse consumado no dejaba de ser capital; se arrestó á Carlson, que no pensó en huir, y se le formó un proceso.

Cuando se supo el arresto de Carlson sucedió el espanto entre los conjurados de Söjan, que se espantaron temiendo las revelaciones. Pero el corazon que más cruelmente fué herido fué el de Carlota. La hija de Cronstedt, entonces de veintidós años y una de las más bellas y más ricas herederas de la Dalecarlia, era la prometida del desgraciado Carlson.

En cuanto supo el crimen del jóven partió para Stokolmo, decidida á interponer la influencia de los amigos de su familia, y á sacrificar toda su fortuna, si necesario fuese, para llegar hasta el rey y solicitar su clemencia. Carlota, sencilla y confiada como todos los corazones rectos y buenos, no había previsto los obstáculos que debía encontrar en la ingratiitud y el egoísmo. Los amigos y allegados de su padre le acogieron al pronto con grandes demostraciones de alegría; pero no bien les explicó el objeto de su venida, cuando á sus protestas de caridad sucedieron palabras frías y reservadas. Uno solo, mostrando mas virtud ó pudor, no aflojó su empresa, y consintió en emplear en su obsequio el favor que tenía en la corte. Pero con el fin de conciliar con su interés personal una intervención que no debía de ser peligrosa, se redujo su cuidado á entregar en manos del rey, sin apoyarlo, un memorial firmado por la jóven.

Ocho días pasó Carlota en una ansiedad mortal; al noveno le entregaron una carta: no era la respuesta que aguardaba con tanta impaciencia; pero al reconocer la letra de Carlson, se sintió conmovida por el presentimiento de alguna buena noticia. No fueron del todo defraudadas sus esperanzas: Carlson la escribía, que había sabido por un conducto misterioso su llegada á Stokolmo, y que al mismo tiempo le habían prometido facilitarle aquel mismo día una entrevista con su prometido: que en su consecuencia, si se dignaba concederle aquel momento de dicha, que se dejase gozar por una persona que iba á buscarla á media tarde.

Richosa de volver á ver una vez á la persona de quien tenía haberse separado para siempre, Carlota se sintió dispuesta á seguir al guía que le indicaban. A la hora señalada se presentó, y con gran sorpresa de la jóven la introdujo en el palacio del rey.

—El protector oculto que se interesa por nosotros, pensó ella, debe ser un personaje poderoso: debe estar con frecuencia al lado del rey, puesto que vive en su palacio; permitid, Dios mío, que se sirva de su

favor para alcanzar el perdón de Carlson, ó de su poder para salvarle.

Conducida á una sala retirada de palacio, encontró en ella á su prometido, que al verla dió un grito de alegría y cayó á sus piés; pero fué un relámpago; su vista, iluminada por la dicha, se nubló al momento, y su cabeza cayó melancólicamente sobre su pecho.

—Esperanza y valor, le dijo Carlota.

—Valor, le respondió Carlson, le tendré; pero esperanza no hay ninguna; mis jueces han pronunciado mi sentencia y me han condenado.

En este momento entró en la sala una tercera persona; á su vista no pudo contener Carlota una exclamación de sorpresa. Era el minero á quien seis años antes había socorrido en el valle de Siljan; llevaba absolutamente el mismo traje.

—Veo que me reconocéis, señorita, dijo á Carlota; confieso que no me hubiera servido de nada mi memoria al volveros á ver; habéis crecido, y os habéis hecho más hermosa desde que nos separamos; pero en vuestra mano veo un recuerdo mío que me ha guiado en esta ocasión.



Carlota presentó su mano al minero, y tenía en efecto en uno de sus pequeños y sonrosados dedos el anillo que él le había dado.

—Le habéis conservado, señorita, y os doy las gracias; yo no tenía más recuerdo que vuestro nombre, y ya veis que le he guardado fielmente cuando vengo á veros.

—Y esta vez, dijo Carlota, no me ocultaréis ni vuestro nombre ni vuestro rango, porque lo que hace seis años no era más que una sospecha, ha llegado á ser hoy una certeza. Si, bajo ese traje vulgar se ocultaba entonces un noble desgraciado, y hoy se oculta quizá un gran poderoso. Dejad penetrar en mi alma un rayo de esperanza diciéndome que no me engaño; ahora soy yo la desgraciada, y estoy segura de que no imploraré en vano vuestro apoyo.

—No, Carlota, tenéis derecho á pedirme lo que queráis y yo pueda concedéroslo: soy Gustavo de Wass.

—¡El rey! exclamaron al mismo tiempo Carlota y su prometido.

—Vuestro deudor y nada más en cuanto al presente, replicó Gustavo levantando á la joven, que se había echado á sus piés. Escucha, Carlson, continúa volviéndose al joven; sé que eres valiente y leal, y sé también que tu nombre es querido en Dalecarlia; no quiero pues concederte una de esas gracias á medias, que dejan subsistir las malas pasiones, y que muchas veces las estimulan, imprimiendo la precisión de fingir una gratitud que no es hija del corazón. Entre los dos

no hay término medio; es indispensable que seamos amigos ó enemigos; amigos, toma mi mano; enemigos, toma esa espada y despon de mi vida, que no me pertenece ya, puesto que se la debó á tu promesa.

Al hablar así Gustavo señalaba con el dedo una espada desnuda que estaba sobre una mesa; pero ya Carlson estaba á sus piés estrechando su mano entre las suyas, bañándolas de lágrimas, y exclamó con voz entrecortada:

—Toda mi sangre, basta la última gota por vos, señor! Y antes de un mes quiero que Dalecarlia entera participe de mi reconocimiento y admiración.

Carlson no hizo una promesa vana; tuvo la dicha de atraer al partido de Gustavo á los disidentes de la Dalecarlia, y después, esposo de Carlota y favorito del rey, empleó todos los momentos de su vida en justificar á la una su amor con su ternura, y al otro su amistad por su desinterés.

MARTÍN DE ABANDA.

NOVELA ORIGINAL;

POR PABLO GAMBARA.

(Aprobada por el censor.)

(Continuación.)

—¿Tienes que hacer?

—Nada, respondió Martín.

—Pues acompañáame.

—¿Adónde?

—A pasear por las calles. A ver el rostro y el pié de las jóvenes que encontremos al paso, y que á pesar de nuestra juventud noa desdefiarán por nuestro traje, mientras que sonreirán á la vejez opulenta. A observar los escaparates de los almacenes de quincalla, y entretejer nuestro tiempo como si poseyéramos una renta que nos evitara el cuidado de pensar en el porvenir.

—Pero yo no puedo hacer eso!

—¿Por qué?

—Tengo que buscar un usurero que me preste para comer y alquilar un cuartito. He reñido con mi familia, y no tengo casa.

Lallana meditó aun algunos momentos, y luego dijo:

—Lo que es un usurero, yo te le podré proporcionar.

—¿Quién?

—D. Venancio Salinas. Un viejo zorro que sabrá exprimirte y prestarte en cuanto seas su deudor, como un hueso de aceituna para sacarle jugo.

—¿Y crees que me prestará?

—Indudablemente si consientes en las condiciones que te imponga.

—En todas consiento.

—Poco á poco. Figúrate que te hará firmar un recibo, por el cual aparecerá que la cantidad prestada, mas los réditos, que son un veinte por ciento al mes, te ha sido confiada en depósito. Si no le pagas, te acusará de estafador ante los tribunales, y serás encarcelado. ¿Consientes?

—¿Qué he de hacer! Me estoy abogando, y por salvarme me asiro de un clavo ardiendo.

—Pues vamos á casa de Salinas; pero démonos prisa, porque son las diez, y á las diez y media va á casa de su querida, que le ha marcado esta hora para recibirla. En ella encuentra la penitencia de sus pecados. Es un cáncer que le come el corazón, la salud y la fortuna, y que le domina con un cetro de hierro, como los nobles rusos á sus vasallos, empleando á su imitación el Múigo para castigar sus faltas.

Hablando así llegaron los dos amigos á casa del usurero, que los recibió con recelosa frialdad, profundizando hasta el fondo del corazón de Martín con sus miradas inquisitoriales, y oponiendo dificultades sobre dificultades para el préstamo: por fin, batido en sus últimos atrinchamientos, consintió en entregar mil reales, bajo las condiciones anunciadas por Lallana. Martín sintió que se le quitaba un peso del corazón; pero de su semblante no desaparecieron del todo las nubes que le cubrían. Había respirado como el jugador que después de haber visto la pinta de la carta contraria á la suya, ve el número diferente, y se alegra porque no ha perdido; pero que no deja de temer, porque aun no ha ganado sino tiempo.

El primer empleo que hizo de aquel dinero fué jugarle, y tuvo la fortuna de ganar, con lo cual su suerte mejoró mucho por el momento. Vistióse elegantemente, se aposentó en una casa de huéspedes de

décente apariencia, y pagó á Sellinas sus mil reales que podían costarle la libertad y la reputación. En seguida procuró frecuentar los salones, no sólo por gusto, sino por necesidad, pues la policía dió su persecución las casas de juego, y los jugadores se vieron obligados á acogerse á los asilos en que ella no tenía entrada.

El mismo Lallana le propuso presentarle en una casa en que podía jugar sin temor á la policía, que no osaría perseguir el vicio en traje de etiqueta, y empujó su ofrecimiento.

—Esta casa es, le dijo el día de su presentación, la de D. Fernando de Varela, enriquecido en nuestro tiempo, y sin que se sepa cómo: hombre que odia tanto al pueblo como á la aristocracia de título, de quien se cree igual en rango porque es recibido en algunas de sus reuniones. Su mujer es una especie de estalua de salón, en quien nadie reparó; tiene una hija bella y pura como un serafín. En su casa se reúne la mejor sociedad, y allí podrá conocer á los hombres notables de España, que siempre parecen menores de cerca que de lejos, y á muchas medianías que parecen menos de lejos que de cerca.

Efectivamente, esta sociedad era en un todo igual á la pintara. Don Fernando, que tenía unos cincuenta años, era alto y seco como un ciprés, sus ojos negros y penetrantes, su nariz aguilena, y su bigote entrecano. Martín, recibido con el agrado y la gravedad que ordena la buena educación, comenzó á observarle; y en una conversación notó estas máximas.—El que no tiene todos los vicios, no tiene todos los placeres.—Malo, es sinónimo de inútil.—Hombre de bien, es el que mejor sabe representar. ¿Era cínico D. Fernando, ó repetía solo palabras oídas en otra parte y que cambiaba como los niños las monedas sin conocer su valor?

Cristina, su hija, llamó mas la atención de Martín. Sus bellas formas, quizá un poco gruesas, pero magníficamente delineadas, su cutis nacarado, su nariz griega, sus ojos azules y su cabellera rubia, todo era en ella perfecto y todo estaba rodeado de esa aureola mágica, de ese perfume embriagador que en una mujer como ella, con ademanes de reina, obligaba á la adoración. En otra esfera; hija por ejemplo de una viuda de Montepío, Cristina hubiera sido devota, y la religión es para el pueblo; y ella, siguiendo la costumbre, solo adoraba la sociedad.

Entró la concurrencia sobresalida por su tontería un joven de veinte años á quien llamaban D. Santiaguillo, preciado de poeta, músico, bailarín, chistoso, desconsolado y maestro de armas, especie de ortiga de aquel ramillete, mosaico de necesidades, y ente en fin de los que por desgracia nuestra hay tantos en todas partes, ansiando siempre ponerse en espectáculo para diversion y risa de los que los miran.

Los demás de la concurrencia no merecen que en ellos paremos la atención.

La vista de aquel salón produjo en Martín una agitación, una tormenta de ideas, que solo se puede comparar con lo que sentiría Luzbel si se azomase á las puertas del cielo. El esplendor de las bijutas, reflejadas en las pedrerías, el oro y los espejos; los aromas de la encantada atmósfera, que semejaba una impalpable pasta de plata; el concierto de la música voluptuosa que se derramaba en torrentes de armonía, todo le pasó al pronto y le arrebató de entusiasmo. Después, cuando comparó su casa con aquel salón, su vida con la de aquellos seres, cuyos ojos brillaban de amor, y cuyos labios sonreían de felicidad; cuando oyó aquellas galantes conversaciones, aquellas palabras de mágica melodía, que parecían prometer un paraíso, dirigidas á aquellos hombres, en cuyos tersos frentes no se descubría el sello del dolor ni del pensamiento fijo, el puñal de la envidia atravesó su corazón, y el odio de la desesperación relampagueó en sus ojos. ¿Cómo podía aspirar á aquella felicidad, él, sin nombre, sin fortuna, que tenía que luchar por el mismo todo lo que los demás encontraban hecho al nacer? Y aun aquello no era mas que el primer paso de su ambición. Encerrada en la soledad, y alimentada en ella durante tanto tiempo esta ambición, era grande, incomprendible como un sueño febril. No se contentaba con brillar en una patria; necesitaba el mundo; no la basta llegar al trono; en una cosa quería todos los tronos á la vez, todas las famas, y en el paso más fácil encontraba una multitud delante de él que le escuchaba sin saberlo; una multitud, para quien era la vida del púero; la familia elegida por la suerte que tenía entre las dos cordas y altísimas torres de su palacio el fuero de la felicidad. Meditó como acaso alguna vez medita el mendigo en las noches de invierno, sentado á las puertas del rico que se embriaga en el festín. Los pensamientos del mendigo terminan en un suspiro ó en una blasfemia, los de los hombres como Martín producen muchas veces una revolución semejante á la de Francia en el 93. —No aquí, decía Martín, la igualdad de las condiciones; el pobre que muere de hambre está libre de indigestiones, que asesinan al rico; el uno que renuncia de fatiga trabajando, y el otro de la fatiga del placer. Ni estos es tan feliz como este! Olvidaba que no tenía esfera propia, que era un ser fuera de su elemento, y por esto padecía mas que nadie.

Surgido en sus pensamientos, habíase retirado á un rincón, desde el cual observaba el salón como Tántalo en su hambre y su sed miraba el agua y las manzanas. Cristina vino á sentarse á su lado por casualidad; y tanto por apartar de sí sus tóxicas ideas como por miedo de pasar por tonto, el joven comenzó con ella una conversación insignificante. Cristina tenía una voz dulcísima, y ese ingenio de salón que tan bien saben manejar las mujeres, y que como una red de oro aprisiona nuestra inteligencia. Martín, oyéndola, se creyó en un bosque encantado, en que las aves desconocidas suspiraban himnos de amor; algunas veces dudó de su propio ingenio, perdiéndose en aquel artificioso juego de ideas á que no estaba acostumbrado; y aunque durante algun tiempo sostuvo la lucha, postró al fin su corazón en señal de rendimiento á los pies de su rival. Esta conoció bien pronto el poco conocimiento de mundo y el tímido caudor de Martín, y por un capricho, muy frecuente en el bello sexo, quiso cuidar y abrir aquella flor en capullo. ¿Conoceis, lectores, una comedia que se llama *La primera lección de amor?* pues Cristina representó el papel que en aquella representa Elisa, y Martín no quedó menos engañado que Federico.

Volvió á su casa luego de alegría, y soñó que Cristina le amaba, y se le decía sonriendo, con su dulcísima voz, que le encantaba como al santo de la leyenda el cantar del ave del paraíso. En aquel momento de diferente entusiasmo, todos los dolores del pasado, todos los temores del porvenir habían desaparecido de su alma, y solo vivía en el presente; pero no en el presente real, sino en el presente de sus ilusiones. Como el mismo decía, un ángel había pasado por su lado, llamando su corazón con la vivífica mirada de sus ojos azules. Efectivamente, el tiempo estaba encargado de demostrarle que había encontrado un ángel en su camino; pero este ángel no era seguramente Cristina.

III.

UNA VIRTUD SOCIAL.

Un mes después de estos sucesos, el invierno, la estacion de los ricos, estaba en toda su fuerza, y los húmedos paseos en que los secos árboles elevaban sus desnudas ramas, solo eran visitados en los escasos días en que el cielo, del mas bello azul del año, se engalanaba con un dorado rayo de sol. Los amantes serranos las habían amudecido; el prado se oscurecía olvidado; el bullicio y la animación de las calles dormía en el silencio y la soledad; pero los teatros se llenaban de espectadores cubiertos de terciopelo, de oro y pedrería; las salas de la clase media se abrian á la tertulia de confianza, y los salones del gran mundo al deslumbrante baile de sociedad, con sus intrigas, sus odios, sus venganzas y sus amores efímeros, que nacen y mueren en una noche, y que semejan á la gata de noche que cae en el lago; alteran un momento la superficie del alma, pero no dejan huella detrás de sí. La vida se retira al centro de la sociedad como en el cuerpo humano el calor se acogía al corazón, y el arte, en lucha siempre con la naturaleza, como Lucifer con Dios, hacia borear en la estacion de la sombra y la tristeza, sobre una tierra estéril y helada y bajo un cielo brumoso, los perfumadas flores de los placeres.

Los periódicos en su gaceta publicaban diariamente el anuncio ó la descripción de los bailes de gran tono, halagando la vanidad de las personas que los habían dado, y entusiasmando á las curiosas modistillas que leían estas descripciones con tanto placer como las plenas aventuras de las novelas de Paul de Koc. Uno de los nombres que mas se repetían era el de D. Pedro, porque sus bailes eran frecuentes y concurridísimos.

Martín seguía asistiendo á ellos, señal de que la rueda de la fortuna, en que se apoyaba su felicidad, no había girado un haciéndola venir á tierra, pues la miseria, como un ángel de flamígera espada, hubiese guardado entonces la puerta de su paraíso. Pero le hecho mal en dar este nombre á los salones del gran mundo, pues Martín no gozaba en ellos la felicidad, sino que como aquellos reos á quienes ahorcaban antiguamente con los pies al rape del suelo, aumentaba su tormento por los esfuerzos que hacía para llegar á él. Cristina le fatigaba con un amor incomprendible, que se le desahaba en humo al estrecharle entre los brazos para aparecer mas lejos, sonriéndole con voluptuosidad. Había accedido á sus sedientos labios la dorada copa del amor, y la retiraba en cuanto conocía que á la vista del licor sagrado se levantaban rugientes y delirantes en su corazón todas las pasiones adormecidas ó desahayadas. Era la Wilf que le sorprendía en medio de la noche, inclinandole con su fantástica danza, hasta hacerle morir de cansancio y desesperación... quizá para empujar después su cadáver con el pie y alejarse sonriendo.

Una noche Martín, sentado con Lallana á una mesa del café de... se lamentaba de este tormento ignorado, y que hasta entonces había encerrado en su pecho como en una tumba. Lallana le escuchaba con

interés y curiosidad, pues sospechaba que descubriendo aquel sentimiento encontraría una nueva fibra del corazón humano, el único estudio interesante para él.

—Esa mujer me matará, decía Martín. Es para mí un problema de cuya solución depende mi vida, y me afano por profundizar en su alma como el jugador por ver salir la carta de que depende su fortuna. Hay veces que la creo superior a las demás mujeres y la adoro como a un ángel que ha plegado sus alas envolviéndose en su manto de oro y azul. Otras veces, por el contrario, me parece inferior á su sexo, y no sintiendo latir su corazón al poner la mano en su pecho, me refino desdiciéndola como á una griega estátua de mármol. Imposible me sería decirte las voluptuosidades con que ha acariciado mi amor en voz de sirena en sus horas de ternura, los poemas de felicidad que me ha revelado su sonrisa, el cielo de gozos ignorados que he descubierto á través de sus ojos azules, húmedos de deseo, y por los cuales he creído ver la inmensidad. La he sentido palpar bajo mi amor, caer desfallecida, doblarse como el sauce en la tempestad, y animarme con sus miradas suplicantes y apasionadas... Luego de pronto ha cambiado todo: su cuerpo se ha enderezado; el amoroso pudor, que descendiendo de la frente cubría su rostro como un rosado velo, ha desaparecido; el fuego del amor se ha estinguido en sus ojos sustituyéndole el fuego del ofendido orgullo, y me ha dicho con su voz de reina:

—¡Caballero, me falta V. al respeto! ¿Me ama esta mujer? No; porque si me amase no se gozaría en martirizarme, exacerbando mis deseos, que no ha de satisfacer. Pero si no me ama, ¿por qué esta comedia? ¿De cometido un crimen tan grande con amarla, que merezca esta expiación? No sé; me pierdo sumergido en un piélago de dudas, y no encuentro la clave del enigma.

—Eso consiste en que estás ciego de enamorado, dijo Lallana, y no lees en su corazón: que en otro caso no le ofrecería ninguna duda. Esa mujer tiene el alma corrompida como la de una ramera; pero es virginal del vicio y no quiere romper con la sociedad. Toma de ti toda la felicidad que puedes darle, sin devolverte ninguna en cambio, y cuando ha bebido el licor arroja la botella. Así concilia la pureza y el placer. No es una excepción en el mundo; hay muchas mujeres que se la parecen; y si no fuera por el natural cubor que embarga mi lengua parece que me he dedicado á la lectura de las novelas inglesas y alemanas del siglo pasado, en que los personajes marchan impávidos por los senderos del vicio, ensalzando la virtud; si no fuera por esto, yo le explicaría físicamente las irregularidades de esos corazones femeninos que tanto te cuesta hoy explicar.

—Esto de no saber si debo admirarla ó despreciarla... murmuró Martín, que sumergido en sus pensamientos apenas había oído á su amigo.

—Despreciarla, sin duda alguna, respondió Lallana muy admirado del poco éxito de su discurso.

—¿Quién sabe? acaso teme el errarlo...

—Indudablemente.

—Y bien: en ese caso es disculpable, porque no todas las mujeres tienen valor para romper con la sociedad.

—El amor, como el vino, da osadía en su embriaguez. Poco te ama quien te sacrifica al qué dirán.

—Si la detiene la virtud...

—¿Por qué incita entonces tus deseos? ¿Por qué los acaricia en sus momentos de abandono? Es preciso elegir entre la virtud y el placer. No se puede andar por los dos caminos á la vez, y la virtud no vacila.

—Puede esforzarse por ser virtuosa, á despecho de su naturaleza que la inclina al vicio, y esta vacilación producir mi martirio.

—Puede ser.

—En ese caso es digna de admiración.

—Y no seré yo quien la niegue la mía. Pero dime: ¿evita ella continuamente vuestros coloquios á solas?

—No; mas bien los busca. Únicamente tiene cuidado de que se verifiquen donde haya gente cerca que pueda acudir á su voz. Un día que, cegado por la pasión, iba á olvidar todos mis deberes y á usar la fuerza para dominar su orgullo, llamó y se presentó su doncella, que estaba en la pieza inmediata.

—Pues entonces podemos ambos dispensarnos de admirarla. La virtud puede vacilar, puede caer; pero una vez advertida huye el peligro. La prudencia es su esencia. Cristina no te se niega por virtud, sino por vicio. Cristina es una mujer despreciable.

—¿Pero qué he de hacer? exclamó Martín, porque yo la amo; ¡oh! la amo con delirio.

—El remedio sería mas fácil si la amases menos. Tu asunto es cuestión de tiempo, te diría yo entonces. Hay un momento en tus conversaciones con ella en que su voluntad se anula: arrástrala entonces hasta un punto, del cual no pueda retroceder.

—¿Tú crees...

—Que si no se tratare sino de tu orgullo, esto sería lo mejor; pero es

trata de un sentimiento mas delicado, y las consecuencias podrán ser fatales.

Martín dudó un momento, y luego dijo con resolución:

—Probaré.

—Juegas el todo por el todo.

—Esa es la jugada que mas me gusta. No puede resultarme una cosa peor que la incertidumbre que me mata. Hoy mismo terminará.

Se levantó, llamó al mozo, le pagó, y salió con Lallana; pero al pasar por la mesa inmediata que había estado á su espalda durante su conversacion, no pudo contener un grito de sorpresa. Margarita estaba en ella con su madre, y había oído probablemente su secreto. Esta sorpresa turbó tanto á Martín, que volvió atrás rápidamente y salió por otra puerta, arrastrando consigo á Lallana, maravillado de aquel suceso, que no acertaba á comprender.

Margarita le siguió con una mirada que valia un poema; una mirada de esas que vuelven loco de amor á un artista que las sorprende; su rostro estaba pálido como el de un cadáver, pero sus labios no exhalaron un suspiro, ni una lágrima corrió de sus ojos. Espantada de su mismo dolor desesperado, le encerraba todo entero en el sepulcro de su corazón; porque si hubiese dejado escapar un solo gemido, su alma entera se hubiese desbordado detrás.

IV.

HISTORIA SECRETA.

Una hora después Martín subía á casa de D. Fernando, que aquella noche daba un baile; pero no se dirigió á los salones, sino que dando un rodeo por las habitaciones que le eran bien conocidas, penetró hasta la cámara de Cristina.

Una religiosa emoción agitaba su alma al penetrar en aquel santuario de sus amores, como la que se apodera de nosotros al recorrer un templo solitario, cuando la fe vive en nuestro pecho. Una lámpara de mármol blanco pendiente de la bóveda había los objetos de tibia y rosada luz, la luz misteriosa que convida á la voluptuosidad, y el ambiente esponjaba los sentidos con el aroma que tomaba de un lujoso ramo de flores colocado sobre una consola. Era el mismo aroma que Martín había aspirado tantas veces al lado de Cristina cuando se embriagaba en su amor, y que él creía que formaba una parte de su ser. Toda la habitación estaba además llena de sus recuerdos. La muéble otomana conservaba la huella de su cuerpo de ángel, y delante de ella permanecían aun sobre la alfombra las diminutas bolas que habían encerrado sus pies, por los cuales hubiera dado diez zéquies un sultán asiático, gastado en las voluptuosidades de su serrallo. Sobre una silla se veía el vestido de seda que se acababa de desundar, y sobre otra el peinador blanco en que por la mañana había envuelto sus rosadas formas al salir del baño perfumado; los blancos guantes, el bordado pañuelo, el eslabo abanico de nácar y oro, detrás del cual se habían ocultado tantas sonrisas y dicho tantos secretos, estaban tambien allí sobre la consola, olvidados un momento hacia junto á las joyas de inestimable valor. Y en el fondo, á través de dos cortinas, blanca la una y la otra carmesí, sostenidas por una cornisa dorada y sujetas á los lados en pabellones, en la alcoba de Cristina se descubría su lecho virginal, sumergido en la sombra misteriosa que tanto deleita al amor.

Martín lo veía todo, y su emoción crecía á cada momento. Sus deseos se enardecían y se purificaban á la par, adquiriendo un no sé qué de solemne y religioso. La religion del amor inventada por Petrarca para complacer á Laura, se revelaba á su alma, y comprendía que para quien ama de veras, aun en el momento en que los sentidos se desencadenan, rugiendo y agitando el alma como los vientos la mar en la tempestad, queda en nosotros un sentimiento mas puro y delicado, que constituye la esencia del amor, un lucero dorado que brilla á través de las negras nubes en medio de aquella tormenta.

Oh! los que no han poseído sino mujeres vulgares; los que no se han visto levantados al cielo en alas de esos ángeles ó demonios, como queráis llamarlos, que os hacen adormir en sus debilidades, y admirar sus pequeñeces, que divinizan la materia ó racionalizan el espíritu en sus goces, y que amaestradas por la ociosidad en el culto de los sentidos, realzan con un arte oculto sus gracias y sus placeres; los que no han conocido esto, ignorarán siempre lo que son los placeres del amor. La voluptuosidad propiamente dicha es una planta delicada que solo se conserva en los ricos salones del gran mundo, y que espuesta al aire y al frío se marchita, perdiendo sus aromas y colores.

Martín sintió ruido y conoció el leve pisar de Cristina, que apenas rozaba el suelo con los pies. Tambien percibió su voz, que llamaba á su doncella desde la puerta.

Martín se escondió en la alcoba, detrás de las colgaduras de la cámara, y permaneció silencioso.

EL REY DE LOS ÁLAMOS.

BALADA.

¿Quién tan tarde cabalgando
marcha entre el viento y la lluvia?
Es el padre, lleva á su hijo,
y su caballo apresura,
porque la noche es sombría
y la negra selva cruzan.

EL PADRE.

¿Por qué á tu bello rostro, niño mío,
los pliegues de tu capa loco llevas?

EL HIJO.

Padre, el rey de los álamos, con manto
y corona se acerca.

EL PADRE.

No es nada, son las nubes del poniente
que se ven á lo lejos por la selva,
y entre las ramas de los altos olmos,
parecen aun mas negras.

EL REY.

Niño, vente conmigo á mis palacios
cubiertos de tesoros y riquezas;
ven, trenzarás con flores de mis prados
tu rubia cabellera.

EL HIJO.

Padre, padre, ¡qué cosas me prometa!
¿No oyes su voz que por el aire suena?

EL PADRE.

No oigo nada, hijo mío; solo el aura
que entre las ramas juega.

EL REY.

Niño querido, ven, allí mis hijas
te mirarán, y al baile irás con ellas,
y dormirás en su regazo, oyendo
sus dulces cantilenas.

EL HIJO.

Padre, padre, ¿no ves allí las hijas
del gran rey de los álamos, qué bellas?

EL PADRE.

No es nada, son los sauces, que los rayos
de la luna reflejan.

EL REY.

Cuánto te amo! tu cara me enamora:
ven niño, ven conmigo á la pradera:
ven por tu gusto. ¿No? pues es inútil;
te llevaré por fuerza.

EL HIJO.

Padre, padre, me coge; ya me tiene
entre sus brazos; sin cesar me aprieta:
daño el rey de los álamos me ha hecho.
¡Ay padre, que me lleva!...

Tiembla el padre, y á su hijo
lleva en su seno apretado,
y por la selva sombría
apresura su caballo...
llegan á su casa... el padre
había á su hijo ahogado.

TRADUCIDA DE GOETHE.

EL 15 DE MAYO.

Oh villa del madroño,
que llaman muy heroica;
pasó ya medio mayo
vistiéndote de rosas.

Ya el río que pudieran
secar un par de bombas,
y es río por lo mismo
que muchos son personas;

El pobre Manzanares,
el de las flacas ondas,
aumenta con dos puentes
los muchos que le agobian.

Ya se asomó del quince
á su balcón la aurora,
vestida de azucenas,
vino, escabeche y rosas.

Madrid! Madrid! levántate,
los omnibus te acosan,
el campo te convida:
¡sus! corre á cazar monas.
Y á San Isidro ofrece,
en ondulantes fondas,
el fondo del bolsillo
para llenar la andorga.

O en el estéril campo
revuélcate y retoza,
que para tí no hay penas
cuando te ofrecen bromas.

Allí el comercio lleva
las artes españolas,
y desgarrando oídos
mil famas las pregonan.

El genio allí en soldados
el rudo plomo torna;
y el sucio barro en ángeles,
en címbalos y en ollas.

Allí el amor alquila
los ojos y las bocas,
y vé la luz lejana
de la nupcial antorecha.

Allí cándidos párvulos
graciosamente lloran,
porque el papá les compre
lo que él tiene de sobra.

Allí los tiernos tórtolos
arrullan á sus tórtolas,
y las mamás esclaman:
«lo mismo éramos todas.»

Allí uno que hace guiños
á dos niñas hermosas
tropieza, abre los brazos
y estrecha á una fregona.

Allí el que cura al prójimo
ó le hace ir á la gloria,
aspira á que lo mismo
con él hagan sus cólegas;

Y por cualquier disputa,
el que por otro aboga
consigue dar trabajo
al que la fé atesora.

Allí el tosco paleta
con el doctor se roza,
y el que anda sin zapatos
con el que huella alfombras.

Y allí juntos acaso
sin que ellos se conozcan,
el que estos versos mira
y el que los firma ahora.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO e ILUSTRACIONES, á cargo de D. G. Alambra.